

	MES.	TRIMESTRE
Madrid.....	10 rs.	30
Provincias.....	12	34
dem por medio de comisionado ó li- bratario de la Admi- nistracion.....	14	40
En el extranjero.....	24	70
Idem por medio de comisionado ó li- bratario de la Admi- nistracion.....	28	80
En las Antillas.....	30	90
Filipinas.....	30	100
Número sueldo UN REAL.		

Se insertan anuncios á razon de 25 céntimos línea ó espacio convencional, segun las circunstancias de los mismos. Tambien se admiten remitos y comunicados á precios igualmente convencionales. El ECO DE ESPAÑA se publicará todos los dias á excepcion de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

Año VI.

MADRID.—Miércoles 27 de Enero de 1875.

Núm. 1507.

SIN PASION.

Tenemos la pretension de conocer la situacion actual de España, como hemos demostrado conocer las situaciones anteriores.

No hemos procedido antes cegados por la ira. No procederemos ahora cegados por la victoria.

A los gobiernos de la revolucion les digimos muchas veces que no conocian el país que pretendian gobernar; que los pueblos no estaban preparados para una dosis excesiva de libertad, que ni comprendian ni podian digerir; que la excesiva libertad degeneraria en licencia primero, y en represion violenta despues.

Así sucedió.

Los primeros momentos del triunfo revolucionario, se distinguieron por dos exageraciones reprensibles. La primera, por los insultos inmerecidos dirigidos contra los poderes caidos. La segunda, por las promesas disparatadas hechas á la faz del país, creyendo que era tan fácil hacer economías y reformas en las proclamas y en el papel como en la realidad.

Aquella falta de rectitud y de espíritu práctico, produjeron hondo disgusto desde el principio.

El Gobierno debió reprimir desde el principio el espíritu de odio de sus partidarios; aquella licencia, aquellos socos, versos, aquellas injurias, debieron ser castigadas por el gobierno, y se hubiera hecho acreedor á la consideracion de las personas rectas.

Desde el poder, es desde donde debe demostrarse sagacidad, prevision, inteligencia, serenidad y energía, más energía si cabe para contener á los amigos que para refrenar á los contrarios, que se quedan sin accion despues de una fuerte sacudida.

La situacion actual es difícil y en extremo crítica. Hemos vencido grandes dificultades: hemos conseguido lo principal, lo fundamental. Tenemos cimiento para construir; pero tenemos guerra civil en España y en América: tenemos el Tesoro exhausto, el crédito en baja, los pueblos esquilimados y agobiados con impuestos casi imposibles de pagar; y aun que esta es la triste herencia de la revolucion, no por eso es menos cierta.

En lugar de remediar males, la revolucion los ha aumentado, y como nosotros anunciamos todos los dias, las supuestas conquistas liberales no resistiran al impulso de media docena de escribientes, á quienes se pudiera dictar una docena de decretos, derogando todo aquello que el país habia resistido heroicamente.

Así ha sucedido, á pesar de la prudencia con que procede el Gobierno. Si no taviéramos que luchar más que con las supuestas conquistas, no habria dificultades, y todo iria como una seda.

La principal esterilidad de la revolucion, y peor que esterilidad, consiste en que el país no queria admitir como mejora lo que se le daba como tal. El país no quiere el jurado ni el matrimonio civil: no quiere que sea perseguida la Iglesia: no quiere un método de enseñanza en virtud del

qual los jóvenes salen de las aulas impíos y sin ilustrar. A un gobierno reparador, á un gobierno que quiera satisfacer el sentimiento público, le es muy fácil acabar de una plumada con todas esas visiones malamente llamadas reformas, y así es que se han recibido con júbilo todas las disposiciones de este ministerio en este sentido, y ha merecido las alabanzas de los hombres rectos por estas reparaciones, y la opinion pide más en esta tendencia.

Las dificultades no nacen por echar abajo las supuestas conquistas. Los que están con las armas en la mano manteniendo la guerra, las creen tan inútiles y perjudiciales como nosotros. Los que un dia las prohibieron, se han convencido de su ineffectividad, y la opinion, hoy, casi unánime, las rechaza y las condena.

Por esta parte, no hay hoy el menor peligro. El escarmiento está muy reciente, y el Gobierno puede edificar sobre seguro en esta parte, sin temor ni sobresalto.

Robusteciendo la monarquía, que cada dia se encarna más en nuestra sociedad, y manteniendo las bases del gobierno representativo, se puede ir adelante en el camino de verdaderas reformas económicas, siempre que se consiga concluir pronto la guerra.

Aquí está hoy toda la dificultad. El deseo que alimentamos por la paz pública, no nos priva de conocimiento. No es que abriguemos el menor temor por el resultado. No es que no conozcamos los progresos que en favor de la paz se hacen todos los dias. La decision y entusiasmo del ejército, su disciplina, la acogida que ha tenido el Rey entre los batallones del Norte, todo hace presumir un próximo y favorable resultado; pero la tenacidad de los carlistas y las facilidades que encuentran en un territorio hecho por la naturaleza para la guerra, nos hace presumir todavía dias de luto y de sangre.

El Gobierno actual dispone de la artillería material y de la moral: de una y otra hará uso, y esperamos un buen resultado; pero la empresa es árdua, como se ha visto.

De todos modos, esta situacion tiene dos grandes ventajas, ó se ha significado por dos grandes cualidades. Primera, por su espíritu conciliador con respecto á las personas; por el decoro con que ha tratado á sus adversarios, y porque no ofrece cosa que no esté dispuesta á cumplir.

Esto proceder aumenta la autoridad del Gobierno en vez de disminuirla, y con estos principios de decoro y de circunspeccion, se puede cimentar y afianzar una situacion que tiene grandes empresas que acometer y concluir.

CRÓNICA DEL DIA.

Es una propension natural de los españoles, la de su deseo porque las cosas más difíciles se realicen en el más breve plazo posible. Esta propension se advierte mucho más acentuada en los hombres políticos, y especialmente en aquellos que por circunstancias particulares se colocan al frente del Gobierno sin disfrazar

su oposicion. De aquí sucede, que á un periódico tan sensato como *La Epoca* no le parezca maravilla que haya muchos que con la mayor sinceridad esperen del Gobierno, y le pidan hoy, los unos, que su prima de la historia y de la política buenamente y de una vez las revoluciones, con todas sus consecuencias y corolarios; los otros, que establezca y consolide la más perfecta armonía entre los partidos, que haga imperar la conciliacion y la consumada prudencia donde reinaba la discordia, y que arme en un solo día ó en una sola semana la paz donde imperaba la guerra.

De aquí procede naturalmente que nadie se tome el trabajo de averiguar qué camino seria más conveniente adoptar para procurar el remedio, y que nadie se esfuerce en modificar sus opiniones ni en reformar sus actos para conseguirlo.

Estas consideraciones las conceptúa *La Epoca* tambien aplicables á la cuestion magna de la guerra civil. Es verdad, como el colega dice, que en ella ha influido no poco la lucha de ideas, que á ningún gobierno se puede imputar y que ninguno puede suprimir, porque es propio del entendimiento humano; ha influido el espíritu religioso, alarmado ya desde mucho antes de que la revolucion estallara, por que las cuestiones religiosas son la gran preocupación de este siglo tachado de incrédulo y escéptico; y por último, han influido tambien elementos históricos que la pasada guerra civil hubo de dejar en pie.

De esto debe culparse á los agresores, que con sus erróneas ideas convirtieron las opiniones encontradas en protesta armada. La conducta generosa del Gobierno no ha bastado para establecer la paz; la espada habrá de decidir. ¿Qué deben hacer todos aquellos que no asisten á la lucha sino con el pensamiento? *La Epoca* lo decía anoche: «No perder un momento de vista que todos somos solidarios en la lucha, que ella afecta á la suerte y porvenir de todos los liberales; tener confianza en el Gobierno que dispone el mejor empleo de las fuerzas del país para afirmar la paz y desterrar del pecho los odios y las preveniciones, y dominarnos á nosotros mismos para que ningún obstáculo venga de los hombres ni de los partidos políticos á una obra nacional y de existencia ó no existencia, como es la de la terminacion de la infuista guerra civil por el carlismo provocado y sostenido.»

Es necesario, ante todo, huir de las exageraciones, y *La Política* creía anoche, y *El Diario Español* exageraba sus teorías, en el mero hecho de oponerse á que por ahora se pensase en la reorganizacion de los partidos. *La Política* no concibe la existencia de la monarquía constitucional sin partidos, sin elecciones, sin Parlamento, con censura previa, con Ayuntamientos y Diputaciones de real orden y con las medidas adoptadas y que se adopten por Gracia y Justicia y Fomento.

Suponemos *La Política* que no puede haber libertad donde no se tolera la expresion de opiniones distintas de las dominantes. El colega, que ha reconocido la monarquía constitucional de Alfonso XII, no

quiere que se la combata como han sido combatidos los fundamentos de cada régimen anteriormente establecido, como se ha combatido, por ejemplo, contra la revolucion desde su mismo origen, contra D. Amadeo y contra la república, por medios que no estaban en el derecho, ni en la ley, ni en la prudencia y á veces ni en el decoro; quiere que se reprima todo ataque que tienda á perturbar el orden ó á poner en riesgo inmediato la seguridad del Estado; desea que sus amigos, y cuantos hombres amantes de su patria y de la libertad olean que debe cerrarse la puerta á nuevos trastornos, vengán á dar apoyo á esta monarquía y á esta situacion; pero de eso á escluir de toda legalidad, de toda participacion en la vida pública á los que no piensen como el colega; de eso á tratarlos como párias, en vez de procurar con la tolerancia hacerles amable el régimen que va á establecerse, ve una distancia inmensa.

Suponemos *La Política* que no piensan así los hombres más eminentes de esta situacion. No sabemos, sin embargo, cómo pensará *El Diario Español*, que anoche, abandonando su pensamiento sobre reorganizacion de los partidos, aspiraba á que renaciesen en el país las buenas prácticas. Recuerda el colega que en tiempo no lejano habia procurado desvanecer toda clase de temores hacia aquellos que recordaban que la restauracion traeria dolorosas consecuencias. *El Diario Español* aseguró que la restauracion seria aclamada con entusiasmo por el país, y aceptada por Europa. «A la sombra de la monarquía legítima, añadió, podrán desarrollarse todos los intereses y vivir todos los ciudadanos. Su iniciacion será el principio del restablecimiento del crédito, del orden en la administracion pública, de la verdadera libertad en la política y de la paz en las provincias dominadas por la insurreccion carlista.»

Por eso le ha sido satisfactorio al colega poder contestar á sus adversarios con el espectáculo que presencia el país y poderles desmentir con la elocuencia de los sucesos.

Ve que nuestros opositores solo se entretienen, por decir algo, en asegurar que los monárquicos, antiguos alfonsinos, están divididos en la cuestion de ideas y de principios aplicables á la política y á la gubernacion del Estado.

«Y si esto es verdad, pregunta el colega, ¿qué probará? Que no ha sido un partido, sino todos los partidos, los sostenedores de la causa de la monarquía legítima.»

Creo *El Diario Español* que los mismos partidos conservadores pueden tener diversas apreciaciones en el modo de juzgar las libertades públicas y en la manera de desarrollarlas desde el gobierno, y que unas veces convendrá que el Rey, inspirándose en los deseos del país, llame á gobernar á los más liberales, y otras á los más reaccionarios, dentro del sistema constitucional y representativo.

Estas eran, pues, las buenas prácticas que el colega aseguraba iba á traer la monarquía.

Es el caso, que el sistema de contem-

porizacion que ha adoptado el Gobierno, en concepto de *La Bandera Española*, se ve desmentido por sus actos, y cita la devolucion á las catedrales de sus archivos, la restauracion de la sociedad de San Vicente de Paul, la de Facultad de teología en nuestras Universidades y otras medidas que se preparan. Como no es nuestro propósito discutir, omitimos reflexiones. No han de faltar quejas á los diarios de oposicion. *La Prensa* fija su punto de vista en la actividad que dice están desplegando los centros ministeriales para hacer en el personal cambios de trascendencia, olvidando la conducta de sus amigos.

El diario más inofensivo hasta ahora es *El Pueblo*, que anoche se entretenía en definirnos la libertad, confesando que cada cual la entiende á su manera y la practica de distinto modo.

«Nueva Torre de Babel, dice, en la práctica de la libertad, nadie se entiende, todos tiran de la manta, como se dice vulgarmente, invocando el mismo principio.»

Para terminar nuestra Crónica, van nuestros lectores á saber cuál es la libertad que el colega desea, y la que en su concepto quiere España, como la única posible.

«La democracia, como fórmula irrefutable del humano progreso, los derechos individuales como condicion necesaria de nuestra propia naturaleza, y la forma de gobierno que viva en perfecta paz y dulce armonía con el orden y la libertad, el progreso y la justicia.»

Pero repare *El Pueblo* que sus amigos y correligionarios pusieron en práctica sus ideas, y que el resultado no ha correspondido.

La Bandera Española, despues de afirmar que el Gobierno hace cuanto le es posible por mantenerse en determinadas esferas al nivel de los tiempos, dice lo que sigue:

«Algunos actos del Gobierno parecen desmentir sus propósitos contemporizadores, y entre ellos hemos de mencionar—si nos es permitido—algunos que, en nuestro entender, más que á la general utilidad, parecen encañados á procurar pueriles y fugaces satisfacciones á clases y corporaciones determinadas.»

La devolucion á las catedrales de sus archivos es uno de los actos á que hacemos referencia. Expuestos los motivos que aconsejaron la incautacion por el Estado de las riquezas bibliográficas, históricas ó artísticas existentes en monasterios y catedrales, y no habiendo sido contestadas las razones que presidieron á aquella disposicion revolucionaria, es por lo menos poco meditado el decreto que viene á anularla. La restauracion de la sociedad de San Vicente de Paul, la de la Facultad de teología en nuestras universidades y otras medidas que se preparan, merecen, á nuestro juicio, detenido examen antes de plantearlas.

Es evidente que esas medidas que, segun nuestro razonable colega, se preparan, serán ó estarán siendo objeto de un detenido examen, pues de no ser así, se habrian ya planteado, si existia el propósito de plantearlas.

Por lo que hace á que no hayan sido contestadas las razones que presidieron á la medida revolucionaria de la incautacion de las riquezas bibliográficas, históricas ó artísticas de las catedrales, lo que falta demostrar es que fuesen verdaderas razones las que se consignaron en el ex-

FOLLETIN.

(28)

EL HUÉRFANO DE ARQUEIL.

(CONTINUACION.)

Habia fijado su marcha para el dia siguiente, que era precisamente aquel en que debian venderse los muebles del padre André.

—¿Nos dejareis solos, Bastian? preguntó Susana.

—No me separaré de vosotros en momento semejante. ¿Podiais creer otra cosa, Susana?

—¿No tenéis ninguna esperanza, amigo mio?

—No dejes que vuestro padre se desespere, Susana; creo que Dios tendrá misericordia de él.

—No se desesperará, Bastian, os lo prometo.

XIV.

El despojo.

Era una tarde de Marzo, hacia frio, el cielo estaba sombrío y amenazador, el viento soplaban con violencia, inclinando los árboles, que se enderezaban para encorvarse de nuevo, devolviendo á las habitaciones la llama de la chimenea y con ella el humo y la ceniza.

El hermano y la hermana estaban solos al lado del enfermo que dormitaba, tal era su debilidad, á pesar del ruido de la tempestad. El uno y la otra guardaban un doloroso silencio.

Hacia algunas dias que Bastian y Gregorio ha-

bían trasportado al maestro de escuela al piso alto, bajo el pretexto de que el bajo era húmedo; pero en realidad, para evitar al anciano las visitas desagradables de los charlatanes y de los alguaciles groseros.

Susana, atenta, estaba de pie al lado de la cama con cortinas de percal á grandes ramos, y miraba dormir á su padre con una grande ansiedad, porque cuando despertaba, era para sufrir, rodeado de cuidados para que durmiese largo tiempo y tuviese sueños agradables.

Gregorio sentado, con la cabeza entre sus manos crispadas, buscaba una solucion que no encontraba. De repente se levantó, y acercándose al lecho, dijo en voz baja:

—Bastian no viene.

—No vendrá esta noche, contestó Susana con desesperacion.

—Me voy.

—¿A dónde?

—A casa de Gaspard.

Susana reflexionó un instante, y luego dijo:

—Ve. Yo rogaré á Dios que ablande el corazon de ese hombre.

El ruido que hizo la puerta al salir Gregorio, por ligero que fué, despertó al anciano, que llamó a Susana.

—¿Aquí estoy, papá? ¿Qué quieres?

—¿No ha venido todavía Bastian?

—El tiempo está muy malo; mañana temprano vendrá.

—El mal tiempo no detendrá al huérfano, murmuró el anciano con un suspiro.

—¿Por qué te inquietas, papá? Bastian jamás nos ha engañado, y ha dicho que vendría.

—¡Oh! Es que ese ser querido tiene deseo y vo-

luntad, pero como no es un Dios, no puede hacer imposibles!

—Sin duda, no, papá, no es un Dios; pero es tan bueno, tan grande, tan justo, que Dios le protege, y á veces parece que le comunica su poder, ¡Acaso no ha sido hasta ahora nuestra Providencia!

Deciendo esto, la joven preparaba un caldo; era preciso dar fuerzas al enfermo para la terrible escena del dia siguiente, porque la esperanza que trataba de inspirarle, estaba muy lejos de su propio corazon.

Mecido por las dulces palabras y por las caricias de su hija, el anciano volvió á dormirse.

Cuando Gregorio entró, venia tan espantosamente pálido, que Susana le salió al encuentro.

—¿Qué ha sucedido? preguntó.

—Una gran desgracia.

—¿Qué ha pasado? habla, te lo ruego.

—Que he pagado á Gaspard.

—¡Oh! Dios mio! Será implacable.

—Sin eso lo hubiera sido.

—Como tiembles, hermano.

—De cólera; mira, hermanita, no lo pude sufrir.

—Vamos, trata de calmarte y esplica lo ocurrido.

—Pues bien; llegué, como te decía, á casa de Gaspard, que estaba allí, contento y alegre, cerca de su estufa, bebiendo á solas un vaso de vino. Su aspecto risueño me hizo desde luego hormiguear las manos; pero me dije: nada de tonterías, se trata de mi padre, y hay que contenerse.

—¿Qué me quieres, muchacho, me dijo el posadero con su aire burlon, con este mal tiempo y tan tarde!

—Vengo á hablar un poco con vos, señor Gaspard.

—Como quieras. ¿Cómo sigue el viejo?

—Muy mal, estoy desolado. El pobre padre André no vivirá quince dias.

—¡Bah! ¿Está de veras tan malo?

—Tu piensas, Susana, que si Gaspard no tuviera en vez de corazon una piedra, me habria contestado en seguida: «Supuesto que al padre André no le quedan quince dias de vida, esperaré á su muerte para tomar posesion de su casa.»

—Sí, Sr. Gaspard; por eso vengo á suplicaros que esperéis algunos dias... para lo que sabeis.

Nada respondió, y añadió:

—Mi padre es un hombre honrado, y vos, que tambien lo sois, no queréis darle tan gran pesar en sus últimos momentos.

—¡Oh! En cuanto á eso, hijo mio, dijo Gaspard, ¿me tomas por un idiota?

—No, os tomo por un hombre de buen corazon, señor Gaspard.

—¡Ah! Si tú hubieras oido su carcajada, Susana. Todavía, solo al pensar en ello, me da frio; y sin embargo, nada dije.

—Cye, muchacho, repuso él; quiero ser franco contigo. Tu padre me tomó prestados dos mil francos, ¿no es cierto?

—Es verdad.

—Se comprometió por escrito, en papel sellado y debidamente registrado, á venderme su casa por aquella cantidad si no me reembolsaba en el mes de Enero último.

—Tambien es verdad.

—¿Lo he sido?

—No, Sr. Gaspard.

—Le he invitado á que me entregara la casa, y

se ha negado; he sacado un auto ejecutivo contra él, desembolsando mucho dinero. Todas esas cosas cuestan muy caras; pero dejan tiempo á los acreedores. Si tu padre hubiera tenido voluntad, hace tres meses que me habria pagado.

—Bien sabeis, Sr. Gaspard, que no lo ha podido.

—Yo nada sé, ni debo saberlo tampoco. Cuando se toma dinero á préstamo, es porque se tiene seguridad de devolverlo, ó de lo contrario, no se es honrado.

—¡Ah! Susana, á estas palabras me levanté como un loco. ¿Comprendes tú que haya quien se atreva á decir que nuestro padre no es un hombre honrado?

—Acaba, dijo Susana tan pálida y trémula que apenas podia tenerse de pie.

—¿Os atreveréis, le dije, á repetir esas palabras? ¿A decir otra vez que mi padre no es honrado?

Al verme exasperado, empecé de nuevo á reírse de mí, y contestó:

—Jamás se es honrado cuando no se pagan las deudas.

—Entonces, ¿qué quieres? perdí la cabeza.

—¡Ah! ¡tanter! ¡malvado! exclamé.

Y le di tanto puñetazo y tanto puntapié, que quedó aturrido al principio; despues se puso á gritar; pero me eché á correr, nadie me ha visto, y he vuelto á casa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Susana; ¡estamos perdidos sin remedio!

—¡Ah! ¡miserable! ¡tanter! repetía Gregorio arrancándose los cabellos, lo cual era en él una señal de desesperacion.

(Se continuará.)

Ayuntamiento de Madrid

